Globethics Repository



Neoliberalismo y posmodernismo en el ámbito sociocultural [Neoliberalism and postmodernism in the sociocultural environment]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Mansilla, H.C.F.
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-11-01 13:55:38
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/219332

Nueva Sociedad Nro. 157, Septiembre-Octubre 1998, pp. 54-61

Neoliberalismo y posmodernismo en el ámbito sociocultural

H.C.F. Mansilla

H.C.F. Mansilla: politólogo y escritor boliviano; estudió en universidades alemanas; autor de varios libros sobre su especialidad; crítico de la modernidad y de las modas posmodemistas.

Palabras clave: neoliberalismo, posmodernismo, anomia, cambio cultural.

Resumen:
Edificios conceptuales y políticos levantados a partir de contrastes, el neoliberalismo y el posmodernismo están dejando en la cultura social una desgraciada y perdurable marca. La lógica de los mercados, refractaria a lo cualitativo, iguala con su rasero utilitario capacidades y conciencias. Por el otro lado, el saber posmoderno se muestra incapaz de iluminar políticamente el proceso actual, al cual termina plegándose. El empuje neoliberal sobre el medio ambiente es un claro ejemplo de la estrategia material y los subterfugios ideológicos que rodean sus operaciones.

La actual etapa de la era moderna no ha estado exenta de considerables paradojas. Una de ellas es el contraste entre la victoria de la democracia pluralista representativa sobre todos los modelos contrapuestos –como el fascismo y el comunismo– y, simultáneamente, el debilitamiento de sus vínculos internos, incluida la trivialización de sus principios fundamentales. Esta disolución de valores básicos es celebrada y practicada por intelectuales posmodernistas, que configuran un producto típico de la modernidad tardía, aunque crean ser oposición y superación de la misma. En gran medida son ellos los responsables contemporáneos de la abdicación del pensamiento ante un horizonte cultural y político percibido, así sea indirectamente, como la barrera infranqueable del quehacer humano. «La gente», observó Octavio Paz sobre el carácter del mundo actual,

> vive más años pero sus vidas son más vacías, sus pasiones más débiles y sus vicios más fuertes. La marca del conformismo es la sonrisa impersonal que sella todos los rostros.... La democracia está fundada en la pluralidad de opiniones; a su vez, esa pluralidad depende de la pluralidad de valores. La publicidad destruye la pluralidad no solo porque hace intercambiables los valores sino porque les aplica a todos el común denominador del precio. En esta desvalorización universal consiste, esencialmente, el complaciente nihilismo de las sociedades contemporáneas.... Nada

menos democrático y nada más infiel al proyecto original del liberalismo que la ovejuna igualdad de gustos, aficiones, antipatías, ideas y prejuicios de las masas contemporáneas.

Unos pocos ejemplos bastan para recordar los elementos negativos y hasta destructivos del orden neoliberal a los que se refiere Paz, tan alejados efectivamente de la genuina herencia liberal clásica. La democracia de masas –celebrada como uno de los grandes logros democráticos y progresistas de la segunda mitad del siglo XX– incluye la manipulación de la conciencia, las normas y las aficiones de dilatados segmentos poblacionales mediante los medios modernos de comunicación. En amplias zonas del planeta el mercado neoliberal desregulado destruye ahora economías de subsistencia y otras formas de vida premodemas que hasta hace poco funcionaban más o menos bien. La mayor cobertura educacional no excluye el despliegue de fuertes sentimientos nacionalistas, xenófobos e irracionales. En regímenes neoliberales de reciente data se expanden inmensas redes mañosas y comportamientos corruptos de una magnitud insospechada hace pocas décadas. La expansión casi universal de la economía de libre mercado, el colapso del marxismo y del socialismo, el consumismo a escala mundial y la popularidad de los medios masivos de comunicación no han producido, por lo tanto, ni la felicidad de los pueblos, ni la instauración de un régimen social generalmente aceptado y menos todavía un genuino renacimiento cultural. Los viejos fenómenos de alienación y cosificación están a la orden del día. Perduran y se han incrementado algunos fenómenos de larga data: la dilatación de la estulticia en la prensa y la televisión, la declinación de los principios éticos, una novedosa y refinada gama de posibilidades técnico-financieras de corrupción, la sensación de desamparo y sinsentido existenciales, la decadencia de la estética pública y la destrucción acelerada de importantes ecosistemas, como el bosque tropical.

Precisamente en los países más prósperos y avanzados, la prensa se ha dedicado a vulnerar la esfera de la privacidad e intimidad personales y a trivializar o tratar muy superficialmente el campo de los asuntos políticos, con lo que se aleja notablemente de la función que le era atribuida en el modelo clásico liberal-democrático. Además, la evolución de la moderna sociedad de consumo masivo ha transformado la estructura del público: el destinatario de la prensa ya no es la antigua burguesía, aquella capa social relativamente culta, interesada en el debate político y propensa al debate esclarecedor, sino los nuevos estratos medios difusos que aceptan indiscriminadamente los productos banales de la nueva «industria de la conciencia» (Hans Magnus Enzensberger).

La decadencia de la opinión pública se manifiesta en la pérdida de resonancia socio-política que tenía aquella minoría independiente e ilustrada; ahora el público se ha dividido en una minoría de especialistas que razonan, pero sólo dentro del ambiente académico o en torno a temáticas sofisticadas, y en una mayoría que consume pasivamente sin ningún esfuerzo reflexivo.

Una de las consecuencias del neoliberalismo ha sido una forma perversa de democratización: vivimos en un mundo aburridísimo, donde todas las sociedades

se rigen más o menos por los mismos valores y donde ya no existe una genuina aristocracia (con autonomía económica y un ***ethos*** diferenciable de las otras capas sociales con respecto a los asuntos públicos y privados), sino una mera ***elite del dinero y del poder***, cuyas normativas de orientación son las mismas que las de la ahora vilipendiada burocracia estatal. Hoy en día los poderosos y los menesterosos ven los mismos programas de televisión, leen –si leen– los mismos periódicos e idénticos manuales de computación, comparten las mismas aficiones para el tiempo libre y acarician los mismos valores como metas últimas de la existencia.

Por otra parte, las modernas técnicas para influir sobre las masas convierten en obsoleto el sistema de encontrar la verdad (o soluciones aceptables) por medio de la discusión pública y el diálogo libre. También por esta razón parece que el modelo del diálogo sin coerciones, que han propagado distinguidos pensadores adscritos a una Ilustración remozada, como Jürgen Habermas, vale sólo en el ámbito universitario y académico. La concentración de la prensa, de las revistas de masas y de las cadenas televisivas en pocas manos facilita asimismo una cierta centralización autoritaria del debate público, el control sobre determinados temas, la eliminación de los interlocutores «incómodos» y la insistencia en materias que sirven para aumentar la apatía política de las masas.

Justamente ante este tipo de desarrollo sociocultural las escuelas posmodernistas y neoliberales no exhiben la necesaria conciencia crítica; muchos de sus más conspicuos representantes se dedican a alabar las manifestaciones más burdas de la cultura popular en cuanto productos ineludibles del múltiple quehacer de la sociedad, exculpando esta evolución mediante la presunta imposibilidad de fijar jerarquías éticas y estéticas de valores.

Estos decursos indudablemente negativos –y el malestar que de ellos se deriva– están asociados a la dilución de la idea del bien común, que se ha manifestado a lo largo de toda la historia del liberalismo y que fue canonizada por el positivismo. Esta constelación fue prefigurada por la tendencia autoritaria del liberalismo. Debemos a Hobbes la concepción de que no existe ninguna regla para determinar de manera axiomática lo que es bueno y malo; no habría, por ejemplo, ninguna manera de determinar objetivamente lo que es la justicia. ***Ex iure enim iustitia***: lo justo es lo que prescribe la ley positiva que está casualmente en vigencia, más allá de su contenido. Lo legal es lo legítimo. El que detenta el poder define el derecho, o dicho de otro modo: el poder y el derecho son las dos caras de la misma moneda. ***Auctoritas non veritas facit legem***: no es la verdad, sino el poder político constituido el que define la ley. La validez de nuestras normas de convivencia no están basadas en principios ahora calificados de metafísicos, ni en ninguna prescripción que no sea la decisión contingente y temporal de algún organismo estatal, fruto de un compromiso político aleatorio.

En esta misma vena el padre del posmodemismo, Schopenhauer, afirmó que la función principal del Estado es colocar un bozal al hombre, el animal de rapiña por excelencia, para protegerlo de sí mismo. Por lo tanto no habría que esperar

ninguna acción ética de parte del Estado y ningún mejoramiento moral del hombre. El Estado constituiría solamente una maquinaria social –un mal necesario– que vincula el egoísmo individual de los mortales con su instinto colectivo de supervivencia; la política se reduciría a evitar la autodestrucción de la especie. La sociedad sería similar a un rebaño de puercoespines situados alrededor de un gran fuego: los astutos de entre ellos no se acercan demasiado al fuego ni a los semejantes para no quemarse ni pincharse mutuamente, y tampoco se alejan demasiado para no enfriarse. En este contexto no puede surgir una concepción del bien común allende las componendas circunstanciales del momento.

El actual malestar generado por el neoliberalismo puede ser explicado parcialmente mediante un breve análisis de la relación entre esta corriente y la temática del medio ambiente. Gobiernos inspirados por el neoliberalismo dicen considerar seriamente los llamados componentes ecológicos en todo proyecto más o menos grande de desarrollo y se pronuncian por la preservación selectiva de algunos ecosistemas en peligro de desaparición. Existe un importante ambientalismo neoliberal, que parece ganar adeptos cada día, precisamente entre los empresarios que se consagran a la explotación directa de los recursos naturales. La base de este nuevo enfoque es la preservación y el uso de estos recursos para mantener y expandir los actuales procesos productivos, sin poner en peligro el fundamento de estos últimos debido a una sobre-explotación irracional de la naturaleza. Se trata, en el fondo, de una visión muy similar a la teoría del desarrollo sostenible de origen socialdemócrata, pero centrada en los «derechos de propiedad» que deberían tener los empresarios sobre todos los ecosistemas naturales. Según esta concepción, las áreas silvestres, por ejemplo, deberían ser protegidas en función de su futura utilidad para el mercado, y no tanto por las plantas y animales que ellas albergan. El punto de partida de esta nueva ideología es muy simple: el propietario de un bien natural –por ejemplo, de un bosque– es el más interesado en conservarlo adecuadamente para que en el porvenir siga rindiendo frutos y ganancias y, por lo tanto, el que más trabajará por evitar la destrucción de ese ecosistema. Al ser los grandes ecosistemas de todos, no son de nadie en particular, y, por consiguiente, ningún sector poblacional se siente compelido a preservarlos real y convenientemente. La devastación del medio ambiente se produce, según este enfoque, por las intervenciones del Estado y por las distorsiones que agentes externos al mercado –como los grupos ecologistas y las tribus amazónicas– introducen en el tratamiento de los recursos naturales. La solución estribaría en dejar toda la cuestión ambiental librada a las fuerzas del mercado y en asegurar los derechos privados de propiedad sobre todo bien común. Según los neoliberales, no hay política conservacionista exitosa que se base en argumentos éticos o en la pretendida solidaridad de los mortales para con el mundo natural; el mejor procedimiento para preservar los ecosistemas sería, paradójicamente, acudir y apelar a los intereses egoístas de los propietarios de bosques y praderas. Para el ambientalismo neoliberal, la vida en general y de los ecosistemas en particular pasa a ser un proproblema técnico, donde se busca la mejor fórmula o procedimiento para asegurar un precio. La conservación de la naturaleza se convierte en un problema que puede evaluarse en términos convencionales de costes y beneficios. Los recursos naturales devienen objetos

de inversión y en posibilidades de formación de capital; el mantenimiento de áreas naturales protegidas es visto como algo factible sólo si esta acción redunda en ganancias y regalías. No se preserva la naturaleza, sino que se invierte en ella. La vida es fragmentada en sus componentes elementales y dividida entre propietarios para maximizar su potencial económico.

Esta fatal ideología neoliberal debe ser refutada por sus resultados prácticos y desde posiciones del liberalismo clásico. En Asia sudoriental (desde Tailandia hasta Papua Nueva Guinea) y en regiones latinoamericanas donde se han privatizado los bosques, la destrucción de los mismos ha sido ostensiblemente mayor que en periodos anteriores; de la prometida reforestación (por interés propio) se percibe muy poco o nada. En segundo lugar es inaceptable la estricta separación de ética y política que subyace a esta doctrina; la dicotomía radical entre hechos –supuestamente objetivos– y valores –pretendidamente subjetivos y arbitrarios–, que conforma el fundamento del positivismo y neopositivismo, ha sido rechazada e impugnada por la investigación científica y epistemológica hace ya mucho tiempo, y no vale la pena retornar esta conocida temática. Los grandes pensadores liberales, como Adam Smith, Locke, Tocqueville, John Stuart Mill, Popper y Dahrendorf, jamás renegaron de la moral y del derecho natural. No podemos renunciar a reflexiones y, sobre todo, a planteamientos éticos de relevancia práctica.

La visión neoliberal olvida que el mercado sólo puede aprehender necesidades y desenvolvimientos actuales y no el largo plazo; los derechos de la naturaleza propiamente dicha y de las generaciones futuras quedan fuera de todo cálculo mercantil, por más sutil que sea. El neoliberalismo no concibe ciudadanos, sino consumidores. La temática ambiental requiere, empero, de una discusión pública, racional, libre y compleja, que sólo se puede dar con éxito entre ciudadanos bien informados y no entre consumidores con necesidades y caprichos de corto aliento. El mercado ha demostrado ser un excelente instrumento para solucionar problemas cuantitativos, pero resulta inoperante ante asuntos de orden cualitativo. El campo de la estética –incluyendo el arte y la literatura–, el terreno del afecto, el amor y la solidaridad, el espacio de la ciencia, el área de la religión y la ética, el ámbito de la organización del Estado y la sociedad, la invulnerabilidad del individuo, la preservación del medio ambiente y la preocupación por la suerte de las generaciones posteriores corresponden a aquellas actividades que no deberían ser sometidas a los vaivenes del mercado, a las contingencias de la moda o a las usanzas ideológicas del momento. Para ellas vale el contexto configurado por la idea del bien común; sus problemas no pueden ser resueltos por la ley de la oferta y la demanda o –lo que es lo mismo– por la prevalencia de las modas valoratívas del día.

Por otro lado, el neoliberalismo parte de principios científicamente controvertidos, como ser la bondad liminar de la industrialización y la urbanización aceleradas y la posibilidad de crecimiento y desarrollo ilimitados de las sociedades humanas, posibilidad considerada a priori como algo del todo garantizado y empíricamente comprobado, cuando el debate ecológico de las últimas décadas ha mostrado

justamente las falacias de tales aseveraciones. Como dijo Fernando Mires, «bajo la hegemonía del neoliberalismo se consuma una tendencia que venía anunciándose desde los años 30, a saber: la autonomización del pensamiento económico por sobre todas las demás disciplinas del saber social». El incremento infinito de la competitividad y la ilimitada competencia económico-comercial internacional son conceptos basados en falacias lógicas; se trata de decursos que en sí mismos pueden resultar altamente autodestructivos. El mercado mismo, por ejemplo, es una institución donde factores extraeconómicos juegan un rol destacadísimo. La ley de la oferta y la demanda, comprendida únicamente en términos económico-financieros, configura sólo uno de sus componentes. Todos estos enfoques no toman en cuenta la inconmensurabilidad económico-financiera de la naturaleza y representan, por lo tanto, un retroceso en la conformación del pensamiento occidental.

La situación de los medios de comunicación y del medio ambiente bajo regímenes neoliberales nos conduce a poner en duda la tesis posmodernista de la ***necesaria y saludable evaporación de toda concepción del bien común***. De acuerdo al pensamiento neoliberal y al posmodernista, la racionalidad sociopolítica es concebida como un modelo organizativo secularlibertario, análoga a la racionalidad del mercado, donde reina la competencia total de valores y donde ninguno de éstos puede pretender encarnar una verdad –o la verdad– en sentido enfático. Este relativismo axiológico de moda hace desaparecer todo criterio para juzgar los acontecimientos históricos, los edificios teóricos y las construcciones institucionales, mediante el recurso de declarar que la historia y la política estarían sometidas enteramente al juego del azar y la casualidad. Dado que todo fenómeno sociopolítico sería aleatorio y contingente, no podríamos establecer gradaciones o jerarquías cualitativas entre los diferentes fenómenos histórico-sociales: los unos resultarían ser tan buenos o tan malos, tan importantes o tan anodinos como los otros.

La esfera de la ética sería una quimera; las grandes controversias ideológicas se reducirían a meros juegos lingüísticos; el derecho natural se revelaría como una curiosa ficción, los derechos humanos como una convención casual y el humanismo como una ilusión pasajera y una simple nostalgia restaurativa. La verdad se limitaría a ser lo que nos parece conveniente en un momento dado. Si tomamos en serio esta posición, arribaríamos a un nihilismo generalizado, a nuevas formas de patología social y a la destrucción de la comunicación entre los mortales. Además –como se sabe desde el escepticismo de la Antigüedad clásica–, este relativismo axiológico, que se niega a emitir juicios valorativos y que parece tan radical, se manifiesta en el fondo como una actitud básicamente conservadora, que termina aceptando y celebrando el régimen imperante por ser el existente en el instante de la reflexión.

El pensamiento liberal clásico ha conservado algo de un moralismo anticuado: las decisiones políticas son, en última instancia, elecciones éticas, que pueden ser alcanzadas sólo por medio del libre intercambio de ideas y el análisis desapasionado de las mismas, ya que no existe otro camino para arribar a un

consenso razonable. La ***política*** en sentido estricto no existe si todo ya está predeterminado por leyes inmutables del desenvolvimiento histórico ni tampoco en una constelación de un completo relativismo de valores. Precisamente en medio de la actual euforia posmodernista, que tiende a devaluar cualquier consideración moral, Dahrendorf señaló que la ausencia de normas y la falta de códigos de honor, en una palabra: la anomia, es dañina para la libertad. «La libertad se transforma en una pesadilla existencialista en la que todo es lícito y nada es importante». La democracia y la economía de mercado serían insuficientes para asegurar el florecimiento de las libertades públicas; para ello sería imprescindible una sólida sociedad civil de instituciones perdurables, en cuyo marco la lucha por la libertad constituiría una decisión ética.

Una democracia que no se agote en una rotación ordenada de elites gobernantes ni en el espectáculo de controversias políticas reducidas a campañas publicitarias, requiere de ciudadanos emancipados: gente que no se hace dictar sus opiniones e inclinaciones ni por la autoridad de turno, ni por la moda del día y que puede contradecir y hasta ofrecer resistencia ala estulticia de los medios masivos de comunicación. El hombre que se acomoda ciegamente dentro de grupos y movimientos hace mero material de sí mismo y se anula en su cualidad de ente autónomo. La inclinación a ser tratado como material está correlacionada con la tendencia de tratar a los otros como una masa amorfa, como lo hacen muchas instituciones contemporáneas, empezando por la televisión. Esta es la predisposición indispensable para la nueva variante de un totalitarismo suave, ligero, persuasivo y tecnológicamente al día.

Contra estas corrientes es indispensable enfatizar el valor de la independencia individual y la función emancipatoria del diálogo político racional. En el diálogo libre entre iguales tienden a disolverse los elementos de dominio y coerción, emergiendo ciertas actitudes y pautas contrapuestas a la opresión y favorables a soluciones más o menos racionales derivadas de una comunicación espontánea, es decir: no reprimida o predeterminada desde arriba. Debemos, por ende, rescatar los elementos normativos de una teoría crítica de la sociedad y aplicarlos a la conformación de una sociedad razonable: los conceptos de verdad, libertad y justicia están inmersos en la estructura de la comunicación verbal, de la intersubjetividad y del lenguaje mismo. La concepción de una idea razonable y aceptable del bien común no está desahuciada por la evolución de los últimos años. Así se podría mitigar, aunque sea en escala modesta, el malestar causado por la acción combinada del neoliberalismo y el posmodemismo.

Un mundo como lo suponen estas teorías –constituido sólo por intereses materiales o por meros signos semánticos de carácter enteramente fortuito– no provee la base para experimentar o entender siquiera lo que es belleza o bondad o solidaridad, y tampoco posibilita la genuina creación artística e intelectual. Este horizonte de tedio y vacío está ocupado por la inflacionaria producción posmodernista de textos que tratan precisamente de demostrar que no existe lo que critican. Quizá sea exagerada la opinión de George Steiner de que estas corrientes sólo han producido una avalancha de lo accesorio, retórico,

contradictorio y baladí, cuyo valor intrínseco es cercano a cero, aunque no hay duda de que los escritos más importantes de las mismas están llenos de tecnicismos superfluos, detalles desdeñables y largos capítulos consagrados a cuestiones insustanciales. Según Steiner estas obras han engendrado el «predominio de lo secundario y parasitario», la tiranía del comentario hipertrófico, la prevalencia de la pedantería burocrática y de la mediocridad preciosista, y una marea de informaciones banales pero bien empaquetadas y mejor digeridas por un mercado insaciable de trivialidades. El periodismo contemporáneo hace otro tanto: se dedica con voracidad a lo marginal y lo insignificante, no sabe discriminar entre lo relevante y lo superfluo, no puede entender qué son actos dignos, logros cimentados en el esfuerzo creador o jerarquías basadas en la distinción. La posibilidad de la reproducción técnica de millones de tonterías y futilidades suscita el mundo actual del vacío repleto, la retórica de la simulación, el paraíso de los astutos charlatanes. El futuro que nos espera no es brillante.